

hacia su padre; como un día le preguntasen si Placial era bueno:

—¿Que si es bueno? (respondió el indio.) ¡Bueno como el sol que calienta, como la sombra en verano, como el fuego en el invierno, como el viento de Mayo, como el pan de trigo!

Una seña de Placial hubiera bastado para que matase ó se hiciera matar.

Katchar no tenía más compañeros y amigos que Placial y sus fieras; pero para él eran bastantes. Amaba á sus tigres. ¿No había sido arrullado en su cuna con rugidos semejantes á los que lanzaba *Tiberio*? Los leones le conocían, y él se complacía en pasar sus manos sobre sus melenas doradas. ¡Gracias á Placial Estradère, gozaba de la alegría de vivir en sociedad con aquellos animales que jamás le habían ocasionado una lágrima, y que le consolaban del mal que le habían causado los hombres!

Una especie de misantropía parecida, y sufrimientos análogos, unían á Katchar y á Placial.

Corriendo el uno en pos de una visión, y el otro evocando un recuerdo, mientras el *steamer* navegaba con rumbo á Southampton, durante la noche, en que los ruidos del mar se confundían con los acompasados y estridentes ruidos de la máquina, Placial decía: «¡Cecilia!», y Katchar repetía: *Tom-Black*.

Y el uno pensaba en aquella niña que había visto como en un ensueño, y el otro en aquel grueso y atlético escocés embriagado de *gin*, que le había insultado en otro tiempo, creyendo ambos tocar la realización de una esperanza, de un deseo, ó de una venganza en el mismo nombre: *Londres*.

VI.

Genoveva.

La mujer que Placial Estradère había visto de pie sobre la cubierta del *steamer*, al lado de la joven pálida y delicada, era, en efecto, Cecilia, aquella Cecilia Hervier que la ley permitía que se llamara señora Estradère.

Se había alejado de París, y ahora abandonaba la Francia, no hallando medios para sostener la vida que había llevado desde la horrible aventura del *Hôtel de l'Isère*, drama escandaloso que la había puesto de moda. El proceso á que dió lugar la muerte de Francisco Lecourbe no podía menos de hacer á Cecilia objeto de la atención pública.

Durante algún tiempo disfrutó de la siniestra celebridad que va unida siempre á las heroínas de los tribunales, que hacía cuarenta años había llevado gran concurrencia á un café, donde puede decirse que reinaba como soberana, Saturnina Lassave, querida de Fieschi.

Cecilia Hervier había llegado fatalmente á una celebridad en París. Los periódicos habían elogiado su belleza, hablado de su actitud en los debates, en términos que excitaban la curiosidad de los desocupados. Cuando se halló sola, y volvió á la vida

de aventuras que durante tanto tiempo había sido su vida normal, y de la que Placial la había arrancado, hizo su entrada en aquella sociedad de contrabando que atronaba á París con el ruido de su fama (era en 1854), rodeada de una aureola envidiable entre ciertas mujeres. ¡Había ocasionado la muerte de un hombre y causado la desesperación de otro!

Cecilia, sin embargo, no hizo su entrada inmediata en aquella sociedad siniestra que empieza en el fango y termina en el hospital. Como si el destino hubiera querido darle tiempo para reflexionar, antes de la tentación, la había obligado á permanecer oculta y retirada, porque al terminar el proceso de Placial, sintió señales inequívocas de embarazo, y algún tiempo después dió á luz una niña. La maternidad parecía murmurar á su oído: «Has sido una mala esposa; pero puedes repararlo todo siendo una buena madre».

Una joven perdida á quien el Presidente del tribunal que la juzgaba, dijo: «Perdimos vuestra pista, y no sabemos dónde habéis estado durante tres años. ¿Qué habéis hecho en ese tiempo?», contestó con una frase sublime y desgarradora: «Señor Presidente, he dado á luz, he sido madre».

La maternidad, en efecto, consuela, vivifica, rehabilita. La maternidad lo borra todo cuando trae consigo las virtudes que constituyen realmente esa cosa admirable, sagrada, adorable y tierna: ¡la madre!

Cecilia Hervier, sin embargo, no experimentó un momento las sensibilidades de la maternidad. La tierna niña que acababa de nacer se la presentaba como un obstáculo, no como un remordimien-

to. Esta pobre criatura no la inspiraba interés ni afecto alguno. No la causaba alegría ni vergüenza. La molestaba. Aquel pequeño ángel, bautizado con el nombre de Genoveva, fué entregado, no á una nodriza, sino á una familia de Montrouge, que tenía por oficio criar con biberón, mediante cierto estipendio, á algunas criaturas desgraciadas. Desembarazada así Cecilia de su hija, no volvió á pensar en ella, y se entregó por completo á aquella vida que la seducía y la arrastraba. La heroína del sangriento drama que costó la vida á Francisco Lecourbe, fué bien pronto conocida y tristemente célebre. Cuando, al día siguiente de una cena *galante*, tenía tiempo de sobra, iba á ver si Genoveva tenía alguna *novedad*. Esta *novedad* podía muy bien ser mortal; pero.... ¿qué la importaba? Montrouge estaba muy lejos del café *Riche*, en que solía cenar, y no quería molestarle á menudo. Las visitas de Cecilia á la pequeña eran menos frecuentes á medida que la niña crecía.

Para esta madre desnaturalizada era una extraña, un objeto cualquiera, una cosa indiferente, aquella pobre criaturita, idealmente bella, que corría alegremente, y que cuando la preguntaban: ¿Dónde está mamá?, respondía, dirigiendo sus hermosos y grandes ojos azules, de triste mirada, y señalando á la vez con sus pequeñas manos hacia París: «¡Allá abajo!», como si *allá abajo* hubiera sido el fin del mundo.

Y era, en efecto, el fin del mundo, ó, mejor dicho, otro mundo, en el que vivía, disipando su juventud, aquella madre desnaturalizada y loca.

Una circunstancia especial había dado lugar á que Cecilia mirase á su hija con más espanto que

ternura. Por un extraño y funesto azar, la pequeña nació con una mancha en la frente, entre las cejas, en el sitio mismo en que el ensangrentado ramo de violetas, arrojado por Placial, había manchado el rostro de la esposa adúltera. Aquella mancha era roja, dibujándose en ella con claridad los pétalos y las hojas de un ramo de flores. Fenómeno fácilmente explicable por la ciencia: la inocente criatura estaba como marcada por un sello trágico, impreso por Estradère en la frente mancillada de su madre.

Cecilia, al ver por primera vez aquel rojo estigma, había lanzado un grito de horror, creyendo oír todavía la maldición de Estradère, y ver de nuevo el cadáver de Francisco.

— ¡Esto es espantoso! (había dicho.) ¡Oh! ¡Es horrible! La edad iba, afortunadamente para Cecilia, modificando aquella marca nacida del crimen. Poco á poco, el dibujo del ramo sangriento iba borrándose. Las violetas rojas no reaparecían ya en la frente de Genoveva, más que cuando una emoción violenta hacía subir la sangre á la cabeza de la niña: la mancha iba desvaneciéndose, no siendo ya más que una ligera señal rojiza y pasajera, una especie de roseta que desaparecía rápidamente, permitiendo á Cecilia mirar á su hija sin temblar.

— Cuando tenga veinte años (le había dicho el médico), habrá desaparecido por completo.

¡Veinte años! ¡Qué espacio de tiempo tan largo! Pronto fué la pobre niña un verdadero obstáculo para Cecilia, y con objeto de evitarle la envió al campo, á casa de unos honrados labriegos, que cultivaron su inteligencia destinándola á guardar sus patos y gansos. Como los aldeanos cobraban una pequeña cantidad por tener consigo á la pensionista, y

ésta la tenían como una especie de criada, les proporcionaba un doble beneficio.

Genoveva permaneció con aquellos aldeanos en Picardía, hasta la edad de quince años, y su regreso no fué la consecuencia de un rasgo de la ternura maternal, despertada al fin. La madre, no pudiendo pagar su modestísima pensión, tuvo que llevarla consigo. La resolución tomada por Cecilia era tanto más acertada, cuanto que, acostumbrada al trabajo la pobre joven, reemplazó en casa de su madre, como en la de los aldeanos de Picardía, á la criada, que una estrechez naciente obligaba ya á Cecilia á despedir.

La historia del naufragio de esas hijas del vicio, historia de una volubilidad terrible, es siempre la misma. El buque se halla en la costa sufriendo el embate incesante de las olas. Hace agua por los mil agujeros que los vicios han practicado en su casco; á cada golpe de mar, una tabla se desprende y desaparece; hoy son los diamantes, las joyas; mañana los carruajes y los muebles; al día siguiente las galas, las ropas de vestir, hasta que un día no queda ni una sola tabla bajo los pies de aquel naufrago femenino, que, no teniendo más derrotero que su capricho, pierde la brújula y se hunde en el abismo de la miseria.

Una mañana, Cecilia, perseguida por la mala fortuna, como ella misma aseguraba, observó con espanto, mirándose en un espejo, que envejecía rápidamente, y como, por otra parte, se sentía achacosa y extenuada, no sabiendo á qué diablos debía consagrarse, se apercebíó de que la pequeña era muy linda, y recordó, no que era su hija, sino — ¡cosa lúgubre! — que para criar á Genoveva ha-

bía tenido que gastar algún dinero. Reintegrarse de la cantidad gastada, ¿no era ajustarse á las reglas de eterna justicia? En cuanto á los medios que debía emplear para conseguirlo, no conocía más que uno. La sociedad en que había vivido no le había dado á conocer lo que debe hacer la mujer que quiere ser independiente. Vacilar, detenida por el remordimiento, no podía entrar en sus cuentas, porque el remordimiento supone la conciencia del bien y del mal, y, desde hacía mucho tiempo, aquella que Placial había amado con tan profundo y ciego amor, era completamente inconsciente del mal y del bien.

Ignorante, humilde y dulce, Genoveva, que, aunque joven, era ya una mujer, y una mujer bellísima, no parecía natural que pudiese oponer á su madre una resistencia insuperable, imposible de admitir en una criatura tan sumisa y buena.

Por otra parte, ¿cómo había Genoveva de sospechar el espantoso y asqueroso proyecto de su madre acerca de ella?

La pobre joven se sorprendió un tanto del repentino empeño de Cecilia en hacerle aprender el inglés. Era conveniente, decía ésta, que aprendiese á hablar aquel idioma rápidamente. Se encargó de darle lecciones una antigua compañera de Cecilia, caída como ella, y como ella lanzada al fango. Esta profesora improvisada parecía empeñada en que Genoveva aprendiese pronto, y, en efecto, la joven hizo sorprendentes progresos, fijando toda su juvenil atención en este sólo punto.

Pero ¿qué era lo que proyectaba Cecilia Her-
vier?

Cecilia, aunque ajada y envejecida, no estaba

desfigurada, y era, por lo tanto, fácil de reconocer. Por eso Placial se había estremecido al distinguir su rostro, aunque no era más que la sombra de lo que había sido. Una fiebre tifoidea la tuvo al borde del sepulcro, arrebatándola todo lo que constituye los encantos de la mujer; la mayor parte de sus cabellos se cayeron; su sonrisa sólo mostraba ahora dientes descarnados, de un color ceniciento y sucio. La muerte había pasado tan cerca de ella, que al rozarla la había marcado con el sello de una vejez prematura, y sus adoradores, que llegaron á creer por un momento que había muerto, la abandonaron y se alejaron, al verla resucitar tan ajada y enflaquecida.

Este abandono había producido á Cecilia un dolor lleno de sobresalto. La causa de su soledad se la revelaba cada día el implacable espejo, diciéndole sin cesar que había perdido su belleza, sus atractivos, sus encantos; en una palabra: diciéndole que era vieja y fea. Había venido á ser,—¡horrible cosa!—una mujer sin mérito alguno; había venido á ser un *valor negativo*. ¡Qué horror! ¡Qué angustia tan cruel! ¡Qué vergüenza! Entonces fué cuando pensó en su hija como en un recurso supremo.

Poco tiempo antes de su enfermedad, un joven inglés, muy rico y elegante, que se hallaba de paso en París, se había hecho presentar á Cecilia, bosquejando apenas una historia de amor, que tuvo que suspender antes del primer capítulo. Un despacho telegráfico le llamó precipitadamente á Londres, y el joven tuvo que obedecer al llamamiento. Era hijo de un miembro de la Cámara de los Lores; al despedirse, Cecilia le prometió ir á hacerle una visita á Inglaterra.

No había viajado nunca. Siempre había estado encerrada en París, donde al fin se asfixian ciertas gentes, á pesar de su gran extensión, como pueden asfixiarse en un calabozo. ¡Con qué alegría pasaría el Estrecho! ¡Qué seducciones nuevas iba á hallar en la aristocrática vida inglesa, en los paseos á *Hyde-Park* y en las carreras de *Derby-Day*!

La fiebre que la abatió y la desfiguró en cierto modo, haciéndola envejecer diez años en tres meses, le daba ahora el aspecto de una mujer de edad, á pesar de los afeites del tocador, y esto impedía á Cecilia realizar su proyecto. Mas cuando entrevió la posibilidad de llevarlo á cabo con ventaja, soñando en aquel proyecto infame que pasó delante de sus ojos como una visión, contemplaba á Genoveva, y pensando en la promesa hecha al inglés, se decía:

—No es en París donde he de hallar la salvación. La fortuna está en Londres.

Y he aquí la causa que había motivado el viaje de Cecilia á Inglaterra, llevando consigo á su hija, y por qué ésta, colocada sobre la cubierta del vapor, había contemplado de lejos, con un vago terror que no podía explicarse, cómo la alejaba el buque de las costas de su patria.

Genoveva era encantadora, á pesar de su pequeña estatura y de su aspecto enfermizo y delicado. Sus rasgos eran regulares, su nariz fina y bien modelada, su perfil correcto, sus cabellos, algo rubios y recortados en forma de melena, caían sobre sus hombros en bucles rizados, prestando á su fisonomía juvenil, donde resplandecía la gracia y la inocencia, un encanto particular.

Al ver su sonrisa melancólica y su aire humil-

de, nadie hubiera adivinado en ella una voluntad firme, incontrastable, y, sobre todo, un instinto profundo y arraigado de lo bueno, de lo honrado, y una aversión innata hacia el mal, que, llegada la ocasión, daría á esta criatura la fuerza necesaria para oponerse decididamente á la resolución maternal.

Genoveva se había dejado conducir maquinalmente, inerte, pasiva, decidida á obedecer mientras no enteviese el deshonor y la vergüenza. No tenía apego á París, donde no había experimentado ni una sola alegría, ni aversión á Londres, cuya población no conocía.

Apenas llegada á esta última ciudad, é instalada con su madre en un pequeño hotel de Soho, en el barrio francés, se preguntó con espanto: ¿por qué un joven galante, perfumado y elegante, llamado Carlos Harrisson, se presentaba á ella con tanta insistencia, y por qué su madre le hablaba de aquél joven casi desconocido como hubiera podido hacerlo de su prometido?

¡Un prometido! ¿Acaso el hijo de un lord podía llegar á ser su esposo? ¿Qué misterio cobarde y odioso se ocultaba, pues, detrás de la sonrisa maternal y de la asiduidad de este hombre?

—Tú no consideras bastante al señor Harrisson (le decía Cecilia, guiñando los ojos de una manera singular). ¡Es hijo de un lord! ¡Es rico!... ¡Rico como hay pocos! ¡Es además todo un buen mozo! ¡Sería un *partido* soberbio!

—Sin duda (respondió Genoveva). Pero *esos partidos* no son para las muchachas pobres como yo, y no tengo por qué preocuparme de si el señor Harrisson es rico ó no lo es.

—¿Y por qué no ha de preocuparte? ¡Pues qué! ¿no eres tú bastante bonita para que aquél á quien ames llegue á adorarte y á agradecerte el haber consentido en...

—¿En qué? ¿En ser su esposa?

—Sí, en ser su.... *amiga*.

Y la sonrisa extraña, la sonrisa dudosa de siempre, que acompañó á aquella respuesta, daba un sentido equívoco y malicioso á sus palabras, haciendo la sangre de la pobre joven.

¿Pensaba acaso Cecilia hacer de ella la querida de sir Carlos? Y si no era este su propósito, ¿por qué aquellas insinuaciones, aquellas palabras de doble sentido, aquellos elogios de una belleza de que hablaba como de una joya que debe venderse? ¿Es posible que una madre abrigue semejantes pensamientos? ¿Pueden ocurrir tales infamias?

Genoveva no sabía que cuando la mujer carece del admirable y sublime sentimiento de la maternidad, y el sentimiento del deber no reside en ella bastante poderoso para suplir este defecto nativo, aquélla viene á ser un monstruo inferior á la bestia, que, más dichosa y dotada de instinto, no falta nunca á una de las más imperiosas leyes del amor.

La pobre joven ignoraba todo lo que la falta de sentido moral puede producir de repugnante en un ser humano. Y, sin embargo, adivinó que las palabras de su madre ocultaban algún proyecto horrible, algún tráfico infame y miserable.

Genoveva lo comprendió todo, y tuvo miedo. Su castidad invencible, aquella honradez de que estaba impregnado su ser, le dió de repente la noción del horrible peligro que corría. Tembló de es-

panto. ¿Era con ese objeto por lo que había sido traída á Londres?

¡Londres! ¡Inmensa y pavorosa ciudad! ¡El ruido del infierno, el movimiento incesante de un hormiguero humano ó de una máquina formidable! ¡Genoveva se sentía aislada, perdida, condenada!

Confesó temblando á su madre los terrores que la asaltaban, dudando aún del proyecto que alimentaba Cecilia; mas la siniestra sonrisa que se dibujó en los labios de ésta no le permitió abrigar ya duda alguna.

Cuando llegó la noche (era el octavo día de su llegada á Londres), observó Genoveva que su madre se vistió y marchó sola, negándose á llevarla consigo.

—¿Por qué?

La joven tuvo el presentimiento de un peligro próximo.

Colocóse á la ventana, y vió que á su puerta paraba un carruaje, descendiendo de él un joven, en quien reconoció á sir Carlos Harrisson.

Al poner el pie en tierra, el joven dirigió una mirada á la ventana, movimiento instintivo en muchas personas, antes de entrar en la casa adonde van á entrar.

—¡Él! (dijo Genoveva.) ¡Es él!... ¡Y mi madre no está aquí!... ¡Me ha dejado sola!

Y... una idea horrible cruzó por su imaginación. Tal vez había sido su madre quien había ido á decir á sir Carlos: «¡Genoveva está sola!»

El primer pensamiento de la joven fué huir. Se apartó violentamente de la ventana, y se lanzó hacia la puerta, que dejó abierta, subiendo rápidamente al piso superior, esperando allí anhelante, temblo-